

# Camilo Botero Guerra

Jorge Alberto Naranjo

\* Profesor de la Facultad de Minas  
Universidad Nacional Medellín.

## 1. NOTICIA BIOGRAFICA

Camilo Botero Guerra nació en Medellín en 1853. Su padre fue Hermenegildo Botero, autor de notables cuadros costumbristas. Hizo estudios de matemáticas y ciencias naturales, de filosofía y literatura, buena parte de ellos como autodidacta. A los dieciocho años, siendo todavía estudiante, dirigió La Palestra y desde entonces mostró una incuestionable pasión por el periodismo, así fuese - como dijo Juan José Molina - "gratis et amore"; publicó un abundantísimo número de artículos en La Sociedad, El Boletín Industrial, La Revista de Antioquia, La Voz de Antioquia, La Defensa, El Liceo Antioqueño, La Familia Cristiana, y especialmente en el Trabajo y la Miscelánea\*; dirigió en 1880 La Revista Industrial, en 1885 El Mensajero, en 1886 El Cartel, en 1893 El Movimiento. Don Joaquín Ospina, de quien tomamos la mayor parte de las anteriores informaciones y algunas de las que siguen, afirma que esas publicaciones "generalmente eran de carácter literario e industrial, aunque no faltan artículos de polémica social".

Es de suponerse que Botero Guerra entendía la actividad periodística como la prolongación lógica de su labor principal de pedagogo; hay un artículo suyo, publicado en 1883, que da buena señal de la actitud ética y política con que Botero Guerra interviene en la prensa, para educar más ampliamente, para enriquecer a todas las clases sociales, para abrir cátedra de tolerancia y de educación cívica (cf. Brochazos, artículo El Periodismo). Fue profesor en la Escuela Nacional de Minas, en la Universidad de Antioquia, en la Escuela Normal de Varones, en diversos colegios privados, y hasta profesor particular para redondear los magros sueldos. Puede considerársele fundador de los estudios de Estadística en Antioquia, tanto por su magisterio del tema como por sus realizaciones: fue Jefe de Estadística, y bajo su dirección publicó el primer Anuario Estadístico del Departamento de Antioquia. Fue también secretario de Instrucción Pública y Vicerrector de la Universidad de Antioquia. Por su mera obra pedagógica Botero Guerra ya era figura importante en el Medellín de hace un siglo.

Pero su gran magisterio, el que no ha cesado todavía, es el que hizo a través de la literatura. Desde

---

C. Botero Guerra hizo por esa época un valiente paloma contra la orden de Berrío de confinar a las prostitutas en las colonias de Patiburrú (1873)

1884 aproximadamente, muchos de sus trabajos literarios los publicó Botero Guerra con el seudónimo "Juan del Martillo", nombre con el que se hizo muy popular entre los lectores antioqueños. Muchos de esos trabajos los agrupaba, ya por ese entonces, bajo el título general de Casos y cosas de Medellín, y fueron publicados sobre todo en El trabajo y, ya en el quinquenio de oro, en La Miscelánea.

A mediados de la última década del siglo pasado Botero Guerra era uno de los principales hombres de letras de la región. A él deben atribuirse, sin ningún género de duda, algunas de las primeras tentativas y logros de la novela antioqueña, Abuela y Nieta, que publicó en 1892 ó 93, fueron bien recibidas, "con el entusiasmo y el gusto que produce la pluma del Señor Botero Guerra"<sup>\*</sup>. Poco después publicó dos novelas breves en los folletines que imprimía El Movimiento, en Medellín, intituladas El Oropel y Rosa y Cruz. La primera de ellas quedó luego incluida en Brochazos, y fué saludada, con ciertos reparos que hoy no compartiríamos, por Manuel Antolínez como un acontecimiento para nuestra narrativa; tanto es así que Antolínez no vacilaría, en un escrito posterior, en colocar juntos a Don Juan del Martillo y a Don Tomás Carrasquilla como los iniciadores de nuestra literatura del género novelesco. Justo homenaje a quien, si vamos a las fechas, antecedió sus buenos diez años a Don Tomás en los menesteres narrativos, y si vamos a la calidad, no desmerece ni un poquito ante las calidades ajenas, porque la suya es sui-generis, especial e inimitable. El Oropel es un pequeña obra maestra, que por muchos aspectos preludia a Frutos de mi tierra, a Madre; es un cuadro del Dickens mejor, hecho aquí, con los materiales de nuestras propias costumbres, con nuestra geografía y nuestra manera de ser; es una "novela ejemplar", un "Cuento de Boz" a lo paisa.

Dentro del grupo de escritores que conformaron la famosa "Tertulia Literaria", en los años previos al quinquenio de oro 1895-1900 Botero Guerra era uno de los más renombrados. De 1895 en adelante publicó en La Miscelánea otra serie deliciosa de relatos y cuadros, también agrupados como Casos y cosas de Medellín. Especialmente bello es el cuento Una vela a San Miguel y dos al Diablo, que pint a la historia de tres ayudantes de zapatería alegres y goceas que se enrolan en el ejército antioqueño en la guerra contra el Cauca en 1876.

<sup>\*</sup> Antolínez Palique

Dicho cuento apareció luego incluido en Brochazos. Este libro se publicó en 1897, prácticamente al mismo tiempo que la novela de Eduardo Zuleta, Tierra Virgen.

Brochazos se imprimió en Medellín, en la "Tipografía Central", con Carlos A. Molina como editor, y dedicado a los doctores Manuel Uribe Angel y Luis Eduardo Villegas por sus afanes para que saliera ese libro. Tiene casi cuatrocientas páginas, y fuera de algunos ensayos y elegías consta de dos novelas breves y otras dos brevísimas, de casi veinte cuentos y cuadros, y de algunas crónicas. No todos los trabajos habían sido publicados previamente. La colección incluye obras y artículos que van desde 1883 hasta 1897, siendo uno de los últimos escritos -aunque inédito aún -la novelita breve Una antioqueña, hermoso relato de una mujer fuerte y valiente que saca su casa- y su marido -adelante a pesar de duras pruebas, y que resuena extrañamente con un capítulo maravilloso, y con tema semejante, de la novela de Zuleta. En el prólogo Botero Guerra indicaba que salía con un primer volumen y que tenía listos los materiales para sacar otros, esperando la recepción del publicado para arriesgarse con las nuevas ediciones. Sin embargo, Brochazos II y Brochazos III no parecen haberse editado nunca, lo cual es de lamentarse. Aunque en La Miscelánea decían que había pedidos de la obra desde toda Antioquia sólo con saber que se publicaría, y a pesar de tratarse -como es indudable- de un buen libro, no debió resultar un buen negocio.

La obra fue elogiosamente comentada por Juan José Molina, Luciano Rivera Garrido, Julián Páez. Antolínez sólo tenía razón a medias cuando unos años antes urgía a Don Juan del Martillo a dejar "esa desidia y esa pereza enervante", esa resistencia a formar un libro con sus mejores cuadros y "capullos de novela". Por una parte, las prosas de Botero Guerra no exigían en ningún sentido la "forma libro", eran prosas livianas, arte de ocasión, no muy extensas, con una coherencia segura en tanto relatan "Casos y cosas de Medellín", pero sin que ello les impusiera ir juntas. Botero Guerra era un escritor de revistas, de obra voluntariamente expresada en tono y género menor. Por otra parte es dudoso que debiera atribuirse a pereza o desidia, y no dificultades materiales, la no publicación hasta ese momento de un libro con lo de Juan del Martillo. Hay un aviso que publicó La Miscelánea por esa misma época, donde Camilo Botero Guerra y un socio anuncian precios moderados para

atender todo tipo de "comisiones", declarando que "no se omitirá medio de dejar satisfechos a los clientes: de preferencia, dice el aviso, se atenderán asuntos de minas, metales preciosos, letras, baldíos, sueldos y créditos, productos del país, mercancías, libros y útiles de escritorio, periódicos y revistas, pagos, vendutas, redacción y publicación, almacenaje, acudencia de alumnos... Como quien dice, Botero Guerra le hace "a lo que resulta". La gracia era que hallará tiempo para escribir tanto y tan sabroso, y por puro amor al arte.

Juan José Molina, a quien debemos la más cariñosa semblanza sobre este hombre de letras, escribía en 1898 poco después de publicado Brochazos, un artículo intitulado Bibliografías donde trasmite una imagen muy vivida de los ajetreos de Botero Guerra para levantar el sustento de los suyos. Lo que Molina admira en las obras de Botero es que -a pesar de las dificultades materiales de su autor- en ellas no se cuele nota triste o amarga; que en vez de un pesimismo que bien pudiera explicarse por tantas dificultades como vivió Botero, esas obras derramen un "chisporroteo de luz y gracia", y con una jovialidad incontestable".

En lo que si tenía razón Antolinez era en prever que se trataría de un libro muy interesante. A un siglo de distancia Brochazos aparece como uno de los libros fundadores de nuestra narrativa, testimonio exquisito de ese momento en que se alcanza la maestría de la construcción de cuadros, en que muchos cuadros se exceden a sí mismos y devienen cuentos o formas híbridas, cuadros en un sentido - por su fidelidad a la escena unitaria, por su anclaje en lo real de un momento - y cuentos en otro - por la cierta elaboración de un personaje, por la parte que empiezan a jugar la fantasía y el arte en la composición -. En los Brochazos hay de todo esto ejemplos muy precisos, así como de cuentos perfectos, de "capullos de novela" - la expresión de Antolinez-, de novelas brevísimas y novelas breves. En la bibliografía se presenta completo el índice del libro, con alguna información adicional sobre cada obra incluida.

Hay diversas noticias de Botero Guerra durante esos años del quinquenio de oro: fue uno de los promotores del traslado de los restos de Jorge Isaacs - a quien dedicó un bello artículo- a esta "tierra de Córdoba"; presidió con Eduardo Zuleta una sesión solemne con motivo de la clausura de un año lectivo en la Universidad de Antioquia; presidió una velada en homenaje al artista Francisco A. Cano; fué miembro del jurado para el segundo

concurso de La Miscelánea, con Pedro Nel Ospina y Juan José Molina. Era miembro de la Academia de Historia fundada por Uribe Angel. Botero Guerra era un notable hombre público del Medellín de entonces.

Hacia 1904 Botero Guerra se retira a la vida privada, sin abandonar su labor de escritor. Siete novelas extensas escribe en los siguientes treinta años, siempre dentro de su estilo regional. De ellas conocemos Sacrificio, que publicó en los folletines de La Defensa en 1934, con prólogo de Antonio J. Cano; y Flor del Cauca, que no hemos leído, pero que Cano anuncia en el mismo prólogo, para ser publicada "cuando los tiempos cambien". Murió Botero Guerra, sin duda que de viejo, en 1942, después de setenta años de enriquecer las letras nacionales, a los 89 de edad.

## 2. OBRAS LITERARIAS DE CAMILO BOTERO GUERRA

Brochazos, Medellín, 1897, contiene:

Mi Madre, 1886, elegía

El Periodismo, 1883, ensayo

Pobre Solita!, 1893, cuento ("croquis" de novela)

Mi doctorado, 1897, cuento

Un concierto y un dilettante, 1893, cuadro

Furor poético, 1884, crónica-cuadro, en El Trabajo

Animales sabios, 1893, cuadro

Mesa revuelta, 1884, crónica-cuadro, en El trabajo

Gran Baile del Club de la Varita, 1884, crónica-cuadro

La caída de un alma, cuento novelita de 18.....

Achaques, 1885, cuento, en El Trabajo

Teatro de Variedades, crónica, 1884, en El Trabajo

Ruedas de Molino, 1886, crónica, en El Trabajo

Una antioqueña, 1897, cuento-novelita

Charla, 1883, charla ....., en El Trabajo

Cosas feas, 1884, cuadro-cuento ("menjurje") en El Trabajo

Un 20 de Julio en Medellín, 1885, crónica-cuadro, en El Trabajo

El Oropel, 1893, novela breve, en El Movimiento

La ópera y el dilettante de marras, 1893, cuadro

Cataclismo microscópicos, 1884, "cuadro íntimo", croquis de novela

La Poli en Traviata, 1893, cuadro-crónica

Un par de importunos, 1885, cuadro-cuento, en El Trabajo

Lucrecia la envenadora, 1893, cuadro-cuento

"Diversioncita de tono", 1897, cuadro-cuento

Calenturas y contracalenturas, 1888, carta humorística

Maceo ha muerto.... ¡Viva Maceo!, 1897, cuadro

Abuela y nieta, 1887, novela breve

Una vela a San Miguel, 1895, novela breve, en La Miscelánea

El "Gran Galeoto" de Echegaray, 1894, cuadro

Un héroe de los de "dura cerviz", 1896, cuento, en El Repertorio

Jorge Isaacs, 1895, elegía

Mi padre, 1895, elegía

El Llanto de una madre, 1872, en La Sociedad

El Destierro (poema), 1873, reproducción en Antioquia Literaria, 1878

Los petardistas, 1887, en La Miscelánea

Culantrico, 1887, en La Miscelánea

Carta del pelón P. Pino al Panzón I. Caro, 1887, en La Miscelánea

Vanitas Vanitatum (Casos y Cosas de Medellín), 1888, en La Miscelánea

Aventuras de un par de Solterones (Casos y Cosas de Medellín), 1888, en La Miscelánea

Del Edén al Cielo, ¿1892?, novela breve

Rosa y Cruz, 1893, novela breve, en El Movimiento

Clandestinidades de nuevo cuño (Casos y Cosas de Medellín) 1896, en La Miscelánea

Carta a Efe Gómez sobre "En las Minas", octubre de 1897, en El Montañés

Post Nubila (Casos y Cosas de Medellín), 1897, cuento en La Miscelánea

Luciano Rivera y Garrido, 1899, elegía, en La Miscelánea

Por un Artista, 1899, reseña de un concierto, en La Miscelánea

Nuevas Armonías (Casos y Cosas de Medellín), 1901, cuadro-crónica, en La Miscelánea

Sacrificio, 1931, novela extensa, en La Defensa

Flor del Cauca, novela extensa

### 3. RESEÑAS, COMENTARIOS Y ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE CAMILO BOTERO GUERRA Y SUS OBRAS

Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia, de Don Joaquín Ospina, nota sobre C.B.G., reproducida por Don José J. Zapata en su Almanaque Histórico Literario, 1838, (mes de enero).

Palique, de Manuel Antolinez, 1895, La Miscelánea

Camilo Botero Guerra, 1896, El Repertorio, No.5. Con un retrato del autor elaborado por Horacio Mariano Rodríguez.

Bibliografías, de Juan J. Molina, 1898, La Miscelánea

A Brochazos, de Julián Páez, 1898, La Miscelánea

Carta a C.B.G., de Luciano Rivera y Garrido, 1898, La Miscelánea

Sacrificio, prólogo de Antonio J. Cano, 1931

## UN HEROE DE LOS DE DURA CERVIZ

Ahí está el enorme pedrejón que no me dejará mentir: un respetable bloque errático que debe pesar muchos centenares de toneladas.

Y sobre todo, ahí está el mulato Manuel, que si quedó vivo fue por milagro y como para que pudiera contar el cuento.

Manuel es un obrero de estos maizales, mozo de genio vivo, con su poqueto de socarronería, de figura arrogante y gruesa musculatura, sin pereza para el trabajo y con bríos suficientes para acometer las empresas más duras de su oficio, y una serenidad increíble para afrontar toda clase de peligros.

Manuel ha sido hombre de humoradas. Por ejemplo: apenas se les notificó a él y a otros obreros, una tarde, al tiempo de salir del trabajo, que no habría tarea en el resto de semana, el mozo fue a su casa, descolgó de una estaca del tabique un par de sandalias de cuero cruso y se las calzó y un machete con que puso en fuga en Candebá a tres pendecieros que lo atacaron, el cual se colocó al cinto; lleno de algodón quemado su gran yesquero de táparo, y de cigarros del país su guarniel de piel de perro de monte; puso una muda de ropa y su frazada bogotana en una mochila, encima de ésta aseguró la mujercita, o sea una vihuela de cedro, a la cual bautizó con aquel nombre, porque ha sido su compañera obligada en viajes y correrías; se echó el lío a la espalda, salió murmurando entre dientes "con yo no se tira sino una jugada", y a aquella hora (empezaba a nochecer) tomó Carretera del Norte. Cinco días después ya esta en Remedios taladrando rocas y lavando jaguas.

Sucedió que entre las humoradas que en aquellos tiempos se le ocurrían al mulato, le dio la de echar una cana al aire, aunque todavía está negra su encrespada melena de león, y casarse conforme a los ritos de nuestra santa Madre la Iglesia. Sin fórmulas ni rodeos, con voz segura y sonrisa picaresca, le pidió la mano, y con la mano el resto, a una cuarentona esbelta que vivía arriba del Charco de las Perlas, muchacha linda, fresca y seriota, de ojos negros y perturbadores que le dejaron a Manuel "el alma y la conciencia en un tris", como éste dice, de garbo admirable, que todavía pone cristianos a tascar frenos, y de unas carnes "como encargadas pa' un mondongo de pascua florida", como suele decir también con extraordinario júbilo, el travieso enamorado mulato.

Sucedió asimismo que el buen Dios de los jornaleros se apresuró a enviarle a éste en el término de la distancia acostumbrada en tales casos, y un día más, el primogénito, un muchacho rollizo, que

pesaba casi tanto como la madre, según la opinión de Manuel, y al cual éste designaba cariñosamente con el nombre de "delito del cuerpo de Agustina" (por decir "cuerpo del delito"), cada vez que le daba bromas a su mujer.

Escaso de recursos para hacer frente a esta nueva situación, Manuel, que en esos días había concluido un trabajo y que no encontraba ocupación permanente, sino tareas de pocas horas y de producto relativamente insignificante, salió de su casa, pero no para Remedios como antes solía hacerlo, porque ahora la mujercita no era una vihuela de poco peso sino Agustina, la esbelta y fornida Agustina con el ítem de su famoso retoño.

Serio, preocupado, aturdido, sin saber a quién ni a dónde dirigirse ni que partido tomar, el mulato se halló en media calle cuando menos lo pensó. Era la primera vez que se veía en el estado deplorable del hombre honrado y sin dinero, que necesita éste y se halla en el imperioso deber de conseguirlo pronto y por cualquier medio.

Dicen que las leyes humanas permiten robar cuando la amujer y los hijos tienen homabre y no hay otro recurso para librarlos de tan terrible situación. Las leyes de Sur América deben de haber sido dictadas bajo el imperio de la entrañas, más bien que bajo el del cerebro, porque parece que quedaron cargaditas de humanidad; tanto, que sus estrechas mallas, aunque tienen la propiedad de resistir a los esfuerzos de los peces pequeños, para los cuales no hay escapatoria posible, se ensanchan y dan paso libre a los que no máscan sino que tragan entero. Por eso vemos Presidentes ladrones que parten para Europa a disfrutar de sus millonajes, Ministros ladrones y hasta rateros que anohecen y no amanecen..... en el Panóptico, Magistrados que sacan la tripa de mal año, después de sacar las uñas, y que no por esto han ocupado asientos forrados en pieles de prevaricadores, como lo tenía dispuesto Cambises. Para todos hay disimulo, tolerancia, indulgencia con tal que el robo tenga las condiciones de elegancia exigidas por el arte moderno, especialmente la de que el ladrón ocupe elevada posición política y la de que no robe por unidades ni decenas sino por centenas de millares.

Manuel, en atención al apuro en que esta, pudo haberse acogido a las leyes humanas, ya que no a las de Sur-América. Pero no, señor: ni remotamente se le ocurrió el aristocrático recursillo tan apreciado en "estas Repúblicas" y por eso el mulato empezaba a verlo todo negro y a ahogarse con un vaso de agua.

Robar? Ya dije que por su mente no pasó la idea de



este socorrido medio para hacerse propietario acaudalado en el transcurso de un bienio económico y aún menos.

Pedir? Esto sí se le ocurrió, pero para la mente del obrero fue una idea monstruosa y cruel.

Pedir! Pedir, un hombre de pelo en pecho y limpia conciencia, que está sano y tiene dos brazos útiles y vigorosos. ¡Pedir, un hombre con valor de sobra para sacrificarlo todo al trabajo, y cuyo corazón ha aprendido a latir fuertemente en los más profundos socavones de nuestras minas, donde el aire viciado y escaso de oxígeno acelera la respiración y hace adivinar todas las angustias de la asfixia. Pedir, un hombre que nunca ha perdido!

Como un mal pensamiento, semejante al robar, desechó la idea de pedir, y no pidió.

Qué hacer entonces? Dejemos que hable Manuel.

-Me maluqué tanto- decía, refiriendo sus perances- que en ainiticas que me pongo a llorar como muchacho destetao con ganas de volverse a resabiarse. Y al acordarme que aquella Agustina iba a estar falla de leche por falta de mantención a horas, y que se me iba a desadobar ese hombre tan hermoso y tan puro a su mama, se me arriscaron todos los ñervos y se me amarguó hasta la saliva de la boca. En eso llegué al Puente de La-Toma, y apenas vide la segunda piedra grande, se me asentó de golpe toda la maluquera y volví a ser dueño de yo.

Cortémosle aquí la palabra a Manuel, mientras suministro algunso datos importante para que el lector comprenda más claramente el resto de esta historia.

El riachuelo Santa Elena ha profundizado su cauce antes de llegar a la ciudad, y cerca del Puente de La-Toma ha dejado descubiertos los pedrojones más grandes que hay en el plan del valle.

Uno de éstos quedó como montado al aire, porque además de tener descubiertas tres de sus caras, una violenta avenida del riachuelo le quitó casi la mitad del apoyo de aluvión que lo sostenía. Manuel había tenido ocasión de observar la parte inferior de la cavidad, y por no sé qué indicios seguros para nuestros mineros prácticos, comprendió que allí debía de haber arenas ricas en oro. Pero, ricas o no, nadie podía tocar esas arenas, porque el temerario que se atreviera a removerlas, estaba expuesto a perecer bajo la piedra, como el histórico ratón que con sólo oler tocino de la trampa rompió el equilibrio del ladrillo y pereció aplastado.

Sigue Manuel con la palabra.

-Alabé por dentro al Señor, bajé el barranco en dos trancazos y me le planté por delante al demontres de la piedra. Vaporcito me dio, pero siempre me

agazapé y encomendándome a toda la carrera a la Virgen del Carmen, me fuí metiendo como un lagartijo hasta llegar al frente. A los rasguños, y encumbrado a las ánimas benditas, sin zafar la de mi mama, pa que me sacaran con bien, saqué arena con que llenar el sombrero y después volví a salir de para atrás sin atreverme a tocar la piedra con el pelo de la cabeza, porque me parecía que ya la maldita iba a corcoviar sobre yo. Me fuí a lavar la arena en casa; dio pinta de ceja gruesa, jagüita pura sin pizca de mica; corté el oro, lo ventí y vide que casi había medio tomín. Ni pal alegrón que me dí! Fue como si le hubieran llevao una vaca recién parida al hombre de yo y Agustina.

-Con eso le compró leche? preguntó una persona a quien Manuel refería su hazaña.

-Escupa esa pendejada, mi amigo, contestó el mulato. Qué iba yo a hacer con esos granitos de oro? La cuestión era tener comida pa una semana entre caía trabajo. Entonces hice una resolución pa entre yo, y cogiendo el racatón y una batea catiadora salí gritándole a Agustina: pegate, ole, de los santos, que topé qué hacer y ya la suerte como que va a dar tiro. De paso por la casa de mi compadre Cisclo, llamé a Tomás, un niguaterito muy avispa, y me lo llevé. Me desnudé de la cintura p'arriba y le dije: ve, Tomás, yo me voy a meter debajo de la piedra a sacar arena y cascajo; vos te fijás con mucha delicadeza aquí, y no bien viás a la piedra como con ganas de irse de hocicos, me pegás el grito. Con dos piedras de las más grandes que pude arrimar le metí dos puntales y después me metí yo.

-Hombre! exclamó el interlocutor de Manuel, cómo se atrevió a hacer esa barbaridad?

-Y la comida de aquélla? y la leche mermándosele? y el muchacho desmedrándose por la falla de la leche? dijo el mulato en tono de réplica.

-Por qué no se robaba aunque fuera un correo de encomiendas, más bien que tentar a Dios?

-Y robando no lo tentaba? Y la cárcel pues? Y el presidio? Y Agustina y mi muchacho sin yo y muriéndose de hambre?

-Pero Ud. no sabe que si la piedra lo hubiera muerto, eso habría sido casi un suicidio?

-Yo me hice el cargo de que mi Dios pa castigame las culpas no necesitaba armame trampas. Asina fue que me metí debajo de la piedra y empecé a cavar una cinta de arena aplomada de más de una cuarta de ancha, que parecía jagua acabadita de sacar del cernidor. Saqué un viajao en la batea, lo puse en la orilla de la quebrada y me dejé ir por otro viajao. Lo saqué también y le pregunté a Tomás si veía alguna rojadura. Me dijo que no, y le metí otro envite a la cinta aplomada, que seguía de a



cuarta. De golpe se me trompezó el recatón con una piedra me dije pa entre yo: éste es un puntal más seguro que los míos, porque está bien enterrao, que mi Señor Jesucristo me mete pa que la piedra no me junda la cabeza en el buche y me eche al galope en pelo pa l'otra vida. Y seguí sacando arena con mañita hasta que el puntal de piedra quedó destapao por todas partes. Medieron ganas y tentaciones de comémelo a picos, porque vide que ese puntal era mi ángel de la guardia en persona. Ya había era sacao cosa de diez y ocho viejes de arena, y estaba comodando otro, cuando de golpe oí gritar a Tomás. No sé cómo hice, pero de un solo reculón me tiré ajuera como si las ánimas benditas me hubieran jalao de las patas. Hijuel demonio si se me puso feo el negocio, amigo! María Santísima! Yo que salgo y la condenada piedra que cierra la boca juntando el borde contra la palaya como si me fuera a mascar de un bocao. Pero permitió la Virgen que sólo se ñongara la maldita y se quedara echada de pa delante como haciéndole una cortesía al mundo: que si no ha sido por eso, quedo hecho un pliego de papel, enterrao de por vida y comiendo cascajo hasta el día del juicio. Lo que es el cabo del recatón si lo perdí, porque lo pañó el bordo de la piedra y quedó hecho guarapo. Caramba, ese día nací yo por segundo tiro! Pero no fue de cabezas, porque más tarde en dale gracias a Dios que en poneme a lavar la arena que había sacao. Amigo, como con pata de mula le saqué mis cinco castellanos, que me sirvieron pa que el muchacho tuviera ubre segura entre yo conseguía trabajo. Y Agustina, pues! Cogió juerzas y más carnes, y se puso más católica de cuerpo que de anterior. Ya va en tres muchachos, y cuando no está en la cárcel es porque landan buscando. Siempre lucida y enterota, amigo y si busté no la ve criando es porque tá pajariando. Hijue la mujercita pa saber criar hijos! Y como si éste fuera el final más sublime y suntuosos que podía tener su relación, el mulato se lamió

los labios en tanto que los ojos le chispeaban. Tengo para mí que si tal es la opinión de este hombre, serán pocos los que no la suscriban: ningún premio tan digno de la honradez sostenida a pesar de la ignorancia y de las situaciones tirantes y comprometedoras de la miseria, ningún galardón tan hermosos para esa buena fe que no vacila, ni que mejor le cuadre al trabajo duro y heroico, contra el cual nada valen estorbos ni peligros inminentes, como esa bendita paternidad llena de halagos y retribuciones divinas, en que el corazón enamorado y la creadora fantasía hallan la realización, no siempre sospechada, de aquellos sueños vagos e informes, aunque luminosos, que deslumbraron el espíritu y le dejaron el anhelo de una ventura poética y desconocida.

Esos individuos que entre la infracción de la ley divina y los tormentos de la miseria, entre el sacrificio de la honra y el de la existencia, optan por el hambre y el desamparo de los hijos, o por una muerte segura, miserable y aun trágica; esos héroes tanto más sublimes cuanto más oscura es su condición y más signorado el culto que rinden al carácter; esos hombres de dura cerviz hasta para dejarse convencer de las conveniencias que resultan de no hacer muchas migas con la honra y llevar el pundonor en el forro del vestido, constituyen, a no dudarlo, el más sólido cimiento de las instituciones sociales, son la sal que impide la corrupción de éstas, y merecen, por lo mismo, algunas consideraciones de los que están arriba, y ejemplo bueno y saludable que en vez de la perversión comunique noble estímulo.

Tenga la República esa clase de ciudadanos, y aunque no falte tal cual bribón pegado de la ubre, no habrá quien no exclame regocijado como el mulato Manuel: "Hijue la mujercita pa saber criar hijos!"

Camilo BOTERO GUERRA